

TEMAS BIBLIOTECARIOS

DE MIS PEREGRINACIONES EUROPEAS PAUL OTLET Y SU "MUNDANEUM"

El parque del Cincuentenario de Bruselas. He seguido los senderos sombreados por las altas bóvedas de los castaños añosos, en una atmósfera húmeda que no impedía, sin embargo, que los ancianos jubilados platicasen sobre los bancos perdidos en los bosquecillos, ni que los niños corriesen por el enguijado con aros y pelotas. He evitado el vasto edificio gris, cuyos centenares de piezas están reservadas a las Exposiciones y a las instituciones oficiales, y me he aventurado en los talleres de vaciados y de estatuas, para enterarme de que la entrada del "Palacio mundial" se halla en el ala opuesta, guardada por una columnata en estilo de templo romano.

Paul Otlet, fundador y animador de esta institución—para la cual los gobiernos no son muy generosos— aún esta allí. Una dama secretaria me sirve de guía. Comenzamos por el *Instituto internacional de Bibliografía*. Creado en 1895, tiene por objeto reunir un repertorio bibliográfico universal de las obras aparecidas en todos los países y en todos los dominios. Es un catálogo gigantesco, establecido por orden de autores y materias, y cuyos 14.000.000 de fichas están repartidas en clasificadores, en miles de compartimientos. Una parte de esas fichas está impresa. Os enseñan todo lo que se ha escrito, dónde y cuándo han aparecido las obras concernientes a cualquier cuestión. Pero la biblioteca sólo contiene 150.000 libros y folletos. Hállase destinada a reunir las obras

más importantes de todos los países, así como las publicaciones de los Institutos científicos, las colecciones de los periódicos representativos y los archivos de las organizaciones mundiales, conservadas como "fondos autónomos". La hemeroteca posee unos 80.000 ejemplares. Los archivos de la Enciclopedia documental tienen un millón de piezas clasificadas en diez mil archivadores, a los cuales se añade un Atlas universal que contiene quinientos cuadros y películas microfotográficas, concernientes a actos y obras raras, cuyas copias se facilitan a los investigadores que no pueden desplazarse. El objeto de esta Enciclopedia es el de seleccionar documentos relativos a cuestiones expuestas en los grandes tratados, de clasificar extractos de periódicos, revistas y memorias, para uso de los especialistas y completarlos con una iconografía universal: el mundo en imágenes. Tan sólo los índices que registran y analizan los documentos constituyen volúmenes de miles de páginas. Para los trabajadores intelectuales estas fichas y enciclopedias son de una gran ayuda.

Este instrumento "de investigación y de organización de la ciencia y de la cultura universales" ha sido ampliado por los esfuerzos de la *Unión de las Asociaciones internacionales*, que ha celebrado su Congreso de constitución en 1910. Antes de la guerra, había unas 400 asociaciones internacionales; la más antigua data de 1840. Sólo se han reunido nueve veces desde 1840 a 1849, en tanto que han celebrado 1019 congresos entre 1910 y 1919, y después de la primera guerra mundial registran por lo menos 200 congresos internacionales por año. Expresión de la vida internacional, teniendo ramificaciones en todos los países culturales, estas asociaciones han conservado su autonomía regional, pero su interdependencia se ha hecho más y más sensible y se ha llegado así a una libre federación: a esta Unión de las Asociaciones internacionales, que cuenta 240 asociaciones bajo los auspicios del "Palacio mundial". Estas asociaciones se han reunido ya diez veces, y su actividad se despliega en esa atmósfera

de confianza mutua, que ofrece la visión clara del ideal perseguido en común.

Ha llegado Paul Otlet. Un gran anciano, cuya energía centellea en sus ojos. Gestos vivos, amplios y cordiales. Perteneció a la raza de esos realizadores que, habiendo lanzado una idea, la prosiguen con perseverancia, se consagran a ella en cuerpo y alma, y luchan contra la indiferencia o la inercia de los que debieran ser sus colaboradores y contra el formalismo de las cosas oficiales, al cual impone, sin embargo, el respeto por su prodigiosa fuerza de trabajo, mal sostenida materialmente, pues los fondos se destinan a obras menos necesarias e incluso inútiles.

—Queremos hacer universal —dijo Otlet— este edificio oficial, mediante la realización completa del “Palacio mundial”. Se ha encontrado un Gobierno que ha creído que estas salas podían servir para empresas comerciales, y que nos ha expulsado de aquí. Pero lo que hemos reunido en este palacio ya no puede ser relegado a graneros o arrojado a la calle. Tenemos con nosotros la autoridad moral de centenares de Asociaciones reunidas... Ha visto usted la Biblioteca, con su bibliografía y su enciclopedia documental. Es apenas el núcleo de una biblioteca mundial. Por otra parte, los congresos de las asociaciones internacionales me han movido a examinar el proyecto de una Universidad mundial, que esté en contacto con todas las universidades nacionales.

Existen actualmente 200 universidades con 25.000 profesores, por lo menos, y medio millón de estudiantes. Deben unificarse en esos hogares de la ciencia que en su esencia, es supernacional. La Universidad mundial tendrá por objeto el asociar a todas las universidades nacionales en una institución de alta enseñanza y cultura universal. Cierta número de estudiantes podrá completar sus estudios en esta Universidad mundial e iniciarse en ella en los aspectos internacionales de los grandes problemas, por medio de estudios comparativos. Y por la organización de conferencias y de cur-

tos anuales, que serían dictados por profesores de todas las universidades, se podrá dar a conocer los resultados generales obtenidos en todos los dominios científicos y, asimismo, en las instituciones y las civilizaciones locales. En 1920 se ha logrado echar las bases de esta Universidad. Hasta la fecha, he obtenido la adhesión de 18 universidades y de 352 profesores de 23 países. En la última sesión de verano, fueron dadas por 70 profesores un centenar de conferencias.

Paul Otlet me ofrece un folleto que contiene los temas de las conferencias. Todas versan sobre cuestiones de ciencia pura y de ciencia aplicada. Mientras yo leo, Otlet prepara su correo: su mesa está cubierta de archivadores y de impresos. Me acuerdo de que las cartas recibidas por él llevan número de orden, a partir de diez mil. Todas estaban escritas por esta misma mano nudosa, pero febril e infatigable.

—Voy a enseñarle ahora el Museo Mundial. Su objeto es el de visualizar los elementos de la cultura universal. Debe ser la expresión integral de las actividades y de las realidades indicadas por la bibliografía y la enciclopedia de la Biblioteca mundial; debe ser la imagen sintética de los problemas que preocupan a la Unión de las asociaciones Internacionales, problemas tratados en los cursos de la Universidad mundial. Este museo es el bosquejo del *Mundaneum*, en el que se armonizan todos los organismos internacionales. Es el instrumento intelectual más eficaz para las grandes realizaciones comunes de los hombres...

Y Paul Otlet me condujo a través del museo, explicándome en cada sala su plan de organización. El Museo mundial está dividido en tres series de secciones. En las secciones nacionales o geográficas se hallan representados los aspectos de la vida de cada nación, las características de su territorio y de su población, su economía y su cultura, en cuadros sumarios, en diagramas y en estadísticas, la política en sus figuras dominantes. Otras secciones constituyen la síntesis de la historia universal, desde las épocas más remotas, en un

encadenamiento de los grandes hechos que expresan el destino de la humanidad. Evolución de los pueblos y de las razas, y también de las ideas, las costumbres, las formas sociales y las civilizaciones. Las secciones científicas representan el ciclo de las ciencias y de las actividades prácticas, su desarrollo histórico y las realizaciones modernas. Se hallan aquí expuestos todos los elementos que tienen una importancia humana y mundial. De su conjunto deben resultar las correlaciones, las influencias entre estos tres términos: la Naturaleza, el Hombre y la Sociedad, unificados en la vida del universo...

He recorrido las sesenta y cinco salas de este museo, cuyas colecciones comprenden 30.000 piezas reunidas por los cuidados de las asociaciones internacionales y de los gobiernos de trece países. Son contribuciones en especie pues los fondos de los Estados son insuficientes para sus propias necesidades egoístas, para los parásitos del patriotismo. En una sala con techo de vidrio, puse el pie en un charco de agua. La lluvia había penetrado allí por algunos cristales rotos desde mucho tiempo. Otlet se encoge de hombros:

—No diré que esta avaricia para con nosotros nos afrenta; una avaricia que no tiene siquiera la excusa de otras economías rigurosas. Al fin se hallarán algunos hombres generosos que nos proporcionarán los medios de abrigar nuestras colecciones en un palacio digno de su objeto. Nada de filantropía, sino una conciencia activa. Si en veinte años he podido reunir, debido a apremiantes llamamientos, estas decenas de miles de piezas ordenadas y conservadas por algunos amigos constantes, creo que las Asociaciones internacionales, a las cuales volverá este Museo, tendrán mayores posibilidades. En lugar de imágenes y dibujos, tendremos los verdaderos objetos que representan...

No obstante, la sorpresa y la admiración me trastornaban. Este hombre ha querido levantar, él solo, una montaña y no ha quedado sepultado bajo su peso... Y cogiéndome

por el brazo, me conducía con paso apresurado (pues se acercaba la noche y no funcionaba la electricidad) de una en otra pieza, explicándome la significación de cada una de las colecciones. He visto las primeras armas del hombre y también las tremendas imágenes de los artefactos de destrucción modernos. He visto los alfabetos más antiguos, y también los primeros modelos de las máquinas de escribir y de imprimir. He visto el esquema de las pirámides egipcias y, asimismo, los motores que centuplican las energías, internándose en las entrañas de los Alpes e impulsando a los trasatlánticos. Y he seguido en los infolios, en pergaminos y en tratados, en símbolos religiosos y en diagramas científicos, la evolución de una idea, la ascensión de una creencia, el triunfo de una verdad... Sobre las mesas, las paredes, en vitrinas, en el suelo, los miles de objetos, de instrumentos y máquinas, reliquias, láminas y cuadros presentaban, en una clasificación rigurosa, la obra milenaria de la creación humana, en medio de las evoluciones múltiples de la naturaleza y en el conjunto de las armonías cósmicas.

—Este Mundaneum, realizado en forma embrionaria, pero concebido en un plan integral, es un resumen del universo —agregó el viejo idealista—. Con su poderosa unidad facilitará y acelerará la evolución de la humanidad hacia un estadio superior. Por medio de la escritura y de la imagen, mediante exposiciones y conferencias, el Mundaneum debe mostrar cómo se han elevado los hombres desde sus humildes comienzos hasta sus realizaciones geniales, a sus santos y a su héroe...

Henos aquí en la sala donde se celebran las conferencias de la Universidad internacional, austera, con columnas clásicas entre las cuales se perciben las piezas próximas llenas de libros, de máquinas y obras de arte. En el fondo de la sala, un estrado con algunos cuadros alegóricos: la Verdad, el Bien, la Belleza. Sobre el estrado, una especie de altar laico con una esfera encima: nuestro planeta con sus

océanos y sus continentes, circundado de elipses y circunferencias que indican los movimientos de los planetas en nuestro sistema solar. Estas trayectorias son a la vez símbolos de la vida de la naturaleza y de la evolución del pensamiento humano. En la penumbra, la voz de Paul Otlet tenía resonancias profundas; una voz que vibraba de fe y de pasión, pero disciplinada por la voluntad lúcida.

—He aquí lo que podemos aprender en este Mundaneum: cómo ha sido descubierto nuestro planeta y de qué modo ha conquistado poco a poco el hombre las fuerzas de la naturaleza. Cómo se han elevado las ciudades y los pueblos, las razas, las naciones y las civilizaciones en esta Tierra que tendrá pronto más de tres mil millones de hombres. Aquí aprendemos también que la humanidad es como un solo hombre que vive continuamente, estudiando y creando siempre. Poco a poco, el tiempo y el espacio son vencidos. Las ideas y las actividades se encadenan, las influencias se propagan hacia los cuatro puntos cardinales... Existe un pensamiento colectivo formado de todos los pensamientos particulares, una actividad general que imprime un ritmo a las actividades especiales. Ante el Trabajo y la Ciencia, el hambre y las epidemias retroceden; y hoy, ante la paz voluntaria y organizada, la Guerra, va a desaparecer en las cavernas de los malos recuerdos... Vemos aquí que el espíritu domina a la materia cada vez más, y que el destino del hombre está subordinado a sus ideales que, siglo tras siglo, se incorporan en genios y en instituciones. La Fe, la Esperanza, la Caridad, la Verdad, la Belleza, la Bondad, la Justicia, la Fraternalidad y la Libertad (y el anciano me mostraba los cuadros alegóricos) no seguirán siendo siempre palabras consoladoras. Llegarán a ser realidades experimentadas por todos. Pues este planeta es desde ya un dominio colectivo de los hombres, los cuales, mediante esfuerzos coordinados, tienen el deber de transformarlo en una tierra de abundancia y de alegría para todos...

De regreso, en el despacho iluminado por una lámpara de petróleo, vi en el rostro del anciano los reflejos de la fe.

—Este Mundaneum —continuó Paul Otlet— no es, sin embargo, más que un pobre bosquejo en relación con mi sueño, que es el de crear una *Ciudad mundial*. Sobre un punto determinado del globo, deberá elevarse como un fruto supremo del mundo. Este será el lugar sagrado en que las grandes ideas y las nobles actividades serán concebidas y armonizadas.

Contendrá el tesoro formado por las obras de la ciencia, del arte y de la organización universal, como testimonio permanente de la gran epopeya que la humanidad ha vivido o que vivirá a lo largo de los siglos venideros... Espero que la Unión de las Asociaciones internacionales provocará un poderoso movimiento para la realización de la Ciudad mundial sobre un terreno de algunos centenares de hectáreas, y que gozará de una exterritorialidad colectiva. Por otra parte, el problema de un terreno que tenga este destino ya se ha planteado en Ginebra y existe también un litigio a este propósito entre Francia y Suiza. La Sociedad de las Naciones estaba dominada aún por las contingencias políticas y no reconocía, sino muy difícil y parcialmente, una idea superior. Pero hay que decir que la Comisión para la cooperación intelectual, por ejemplo, se debe a la iniciativa de la Unión de las Asociaciones internacionales. Oficialmente, el proyecto de la Ciudad mundial, que es *apolítico* y *supernacional*, no ha sido aún reconocido. Sin embargo, esta ciudad existe ya, rudimentaria todavía, en el "Palacio mundial" de la capital belga.

Salí con Paul Otlet. Despachos y pasillos todos en sombras. Ya fuera, una lluvia fría que el viento agitaba en torbellinos. Pero el animador de corazón joven, el pensador para quien la idea debe traducirse en acción, continuaba bosquejando el plan de la Ciudad mundial.

—El terreno elegido será un parque internacional, di-

vidido en dos: una parte para las instituciones de la ciudad, y la otra para habitantes y residencias. En el centro, un palacio para el Mundaneum, organizado según el sistema adoptado para el "Palacio mundial". Alrededor de este edificio, cada nación tendrá su pabellón, cada ciencia, cada arte, cada técnica tendrá su hogar, y cada época de la evolución histórica será reconstituída en su esencia. La Ciudad será así como un organismo. El plan debe ser concebido en su unidad total, lo bastante flexible para adaptarse a los desarrollos futuros, pero también lo bastante estable para encauzar todos los esfuerzos, para encuadrar los edificios que serían levantados y las colecciones que serían completadas... La Ciudad mundial será un memorial del presente, un símbolo de la unidad y comprensión entre los pueblos y, al mismo tiempo, un instrumento práctico digno de las grandes obras elevadas por la solidaridad de los hombres. Esta solidaridad, actualmente forzada, será una cosa concertada, libremente deseada y libremente aceptada...

Y estrechándome la mano, al despedirse, Paul Otlet acentuó, como para responder a la sombra de una duda que creía leer en mi sonrisa:

—Sí, a pesar de todas las dificultades, es ahora el momento más favorable. Ahora es más fácil centralizar todas las empresas internacionales particulares. Mañana serán tan numerosas y estarán dispersas por lugares tan distintos, que su cooperación será más lenta y más costoso el reunir las. De que esta Ciudad puede ser realizada, creo que usted se ha convencido allí, en el "Palacio mundial", cuyo techo deteriorado deja pasar la lluvia...

El rostro del anciano, con una pequeña barba redonda, era sereno e indulgente:

—Pero, para llevar todo esto a buen fin, basta un puñado de hombres iluminados, entusiastas y decididos...

¿Cómo podría yo dudar del triunfo de una idea que, en mis peregrinaciones, he sentido palpitar en tantos cora-

zones y en tantas conciencias? Paul Otlet ha comenzado a trasplantarla en tierra firme. Aunque endeble, la idea ha arraigado, crecerá y dará sus frutos bajo un sol más generoso.

Sin darme cuenta, había tomado un tranvía en el sentido opuesto. Pensaba en el Mundaneum y contemplaba la ciudad azotada por la lluvia. Bulevares resplandecientes de luz, fachadas monumentales, que los reflectores hacían más llamativas: bloques fosforescentes en la penumbra del cielo. Me apercibí en seguida que había llegado a la plaza de la Bolsa. Volví por otro camino, largo de algunos kilómetros, a través de los parques húmedos, agitados por el viento, de las calles estrechas, cuyas casas, de una y otra parte, dejaban filtrar escasos rayos de luz entre los postigos cerrados.

En el círculo de la familia de van Diest, he encontrado una amistad reconfortante, una comunión pura, en la pequeña habitación adornada con las imágenes de los precursores y de los humildes héroes de la lucha creadora. Nos hemos sentado en la mesa de trabajo, y van Diest tomaba la mitad para él: cartas sin contestar, textos para editores y revistas, notas para camaradas... Las relaciones aumentan de una capital a otra: la acción ensancha su círculo, incorporándose nuevas figuras y nuevos aliados. Cuando referí a van Diest mi visita al "Palacio mundial", me replicó con afabilidad:

—Sí, Otlet está del otro lado de la barricada. Es sin embargo, un espíritu leal y tenaz. Su Palacio mundial es digno de admiración. Pero no olvidemos que tiene enfrente el Museo Militar... Si Otlet dispusiera tan sólo de una parte de los fondos de ese museo, realizaría integralmente su utópico Mundaneum...

—¿Utópico?

—Ya sé: las utopías estimulan el progreso. Pero reconoceré que algo ha cambiado en este país ultranacionalista, el día en que las oleadas de visitantes que se agolpan a la en-

trada del Museo Militar se vuelvan hacia el Palacio Mundial, donde se enseña y se agota un idealista como Paul Otlet... (1).

EUGEN RELGIS

Gaboto 903, Montevideo, Uruguay

(1) ¡El huracán que desencadenó la segunda guerra mundial pulverizó también el Palacio Mundial con sus millones de fichas y documentos, como si fueran hojas arrastradas por el viento! Seguramente, Paul Otlet permaneció vigilante en medio de la tormenta y mantuvo, para sus sucesores, la luz que él mismo encendió. *“El pobre Otlet, que tenía dos años menos que yo, falleció el 10 de diciembre de 1944”*. Nada más que esto he encontrado hasta ahora en la carta de otro “utopista”, el sociólogo, economista y filósofo francés Henri-Léon Follin, octogenario el también, promotor de la “República supranacional” y del concepto universalista ya expuesto en mi libro *Cosmomotópolis* (París, 1935). Follin y Otlet son dos grandes espíritus emparentados en el pensamiento y acción contemporáneos, y cuyos esfuerzos verdaderamente sobrehumanos madurarán en una sociedad evolucionada, más favorable a sus audaces visiones humanitaristas. Ellos nos ofrecieron el ejemplo del sacrificio preclaro y voluntario: *“Moriré en la brecha —me escribía Follin el 17 de mayo de 1945— pero más que nunca estoy penetrado por el presentimiento de que es preciso que yo ABANDONE ESTE MUNDO para que mi luz estalle”*.

La Asociación “Amigos del Palacio Mundial - Mundaneum”, trata de salvar la obra iniciada por Paul Otlet. En las salas del “Mundaneum”, en el parque Leopoldo, en Bruselas, se pueden escuchar interesantes conferencias y debates públicos. La 2000ª conferencia ha sido dictada el 20 de octubre de 1955.— (E. R.).

